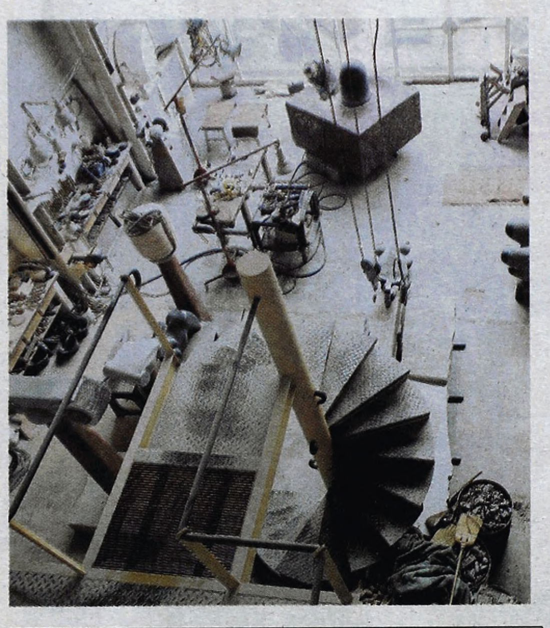
m²
SUPLEMENTO DE VIVIENDA DE PAGINA/12
AÑO 3. Nº 161
SABADO 2 DE MARZO DE 2002



artes

cómo decoran los artistas





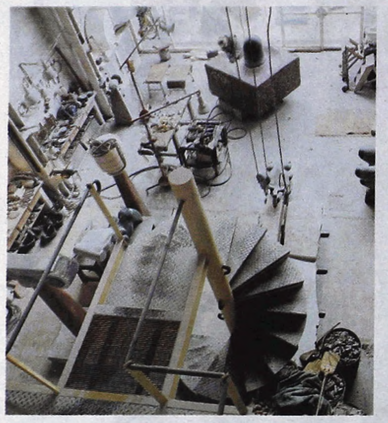


Vida

POR LUJÁN CAMBARIERE

A quién no le interesa espiar cómo viven los otros? El espacio que uno habita es espejo, desnuda características, excentricidades. Y lo mismo ocurre con el lugar físico donde se encuentra inspiración y se la vuelca al trabajo. Cuando Alejandra Longo se propuso su proyecto, no se imaginó en qué devendría. "En un principio quería mostrar a través de un libro cómo habían vivido distintos personajes de la cultura argentina," cuenta. "Pero por el poco valor que se le da en nuestro país al rescate del pasado, el proyecto se acotó a artistas plásticos contemporáneos."

Longo imaginó que las casas de artistas serían visualmente muy ricas y no se equivocó. De la elección casi azarosa de los mismos, intentando equilibrar géneros y décadas –sin producción mediante, poses o artificios– logró abrir las











Vida de artistas

POR LUJÁN CAMBARIERE

Creativos en lo visual, generan espacios especiales y únicos, marcados por su obra y estilo. Una oportunidad de espiar el estilo de los artistas plásticos argentinos.

A quién no le interesa espiar cómo viven los otros? El espacio que uno habita es espejo, desnuda características, excentricidades. Y lo mismo ocurre con el lugar físico donde se encuentra inspiración y se la vuelca al trabajo. Cuando Alejandra Longo se propuso su proyecto, no se imaginó en qué devendría. "En un principio quería mostrar a través de un libro cómo habían vivido distintos personajes de la cultura argentina," cuenta. "Pero por el poco valor que se le da en nuestro país al rescate del pasado, el proyecto se acotó a artistas plásticos contemporáneos."

Longo imaginó que las casas de artistas serían visualmente muy ricas y no se equivocó. De la elección casi azarosa de los mismos, intentando equilibrar géneros y décadas –sin producción mediante, poses o artificios– logró abrir las puertas del mundo privado de veintinueve artistas argentinos. Gracias a la maestría del fotógrafo Pepe Cáceres y a sus reportajes, desde la primera página uno se zambulle en la esencia y personalidad de cada uno. "Cruzar el umbral de toda casa es emprender un viaje", dice Antonio Dal Masetto desde el prólogo del libro. Aquí sólo un par de paradas para ir por más.

El hábitat

"La esencia de un artista se ve reflejada en su obra pero también en su taller. El ambiente donde trabaja, desafía su soledad y crea. Así, definitivamente cada casa-taller tiene que ver con la obra. Aunque en esto no hay clichés. Los hay más ordenados o desprolijos, más decorados o despojados. Y aunque todos son distintos entre sí, sorprende descubrir como todos tienes sus horarios, sistemas y rutinas."

El libro de Longo descubre una vieja panadería de San Telmo que Luis Benedit transformó en casa-taller, de espacios amplios y abiertos que trocan funciones de acuerdo a sus necesidades. El taller metalúrgico naval que Pablo Larreta remodeló especialmente para vivir en la Boca, su barrio preferido. La casa en Congreso de Miguel D'Arienzo, en la que el artista tiró abajo paredes para armar un taller que luce inmaculado cuando va a empezar una obra, pero que después se descontrola y plaga de colores y citas que él mismo pega en las paredes y le sirven para componer.

También están las paredes totalmente blancas de la casa que Ana Eckell tiene en Palermo Viejo, indispensables para ella, para pintar una obra plagada de figuras. La prolijidad y orden de maestra de escuela que se trasluce en el lugar de trabajo de la contestataria Rosana Fuentes. Orden que se repite en el edificio de Constitución de Adolfo Nigro. La casa chorizo en el Pasaje Bollini que el también arquitecto Nicolás García Uriburu recicló para componer su obra comprometida con la causa ecológica.

Y la también casa chorizo que Mónica Girón, con el apoyo de su mecenas suizo Thomas Bally, trocó en un espacio de inequívoca línea funcional y racionalista. Sin escatimar esfuerzos, Longo corrió hasta el loft de Liliana Porter en Nueva York, donde atesora todo tipo de muñecos que son o fueron parte de su obra, y a la casa perteneciente a François Raspail, químico y político francés, fundador del diario *Le Républicain*, que hoy habita Antonio Seguí en París.

Señas particulares

Más allá de las características de la decoración y el espacio, Longo rescató otras curiosidades. A los 89 años, Raúl Lozza, creador del perceptismo, atesora en su casa de la Paternal su propia obra como en un museo, dentro de una atmósfera más tradicional creada tal vez por su esposa. Josefina Robirosa mira televisión mientras pinta y baila, por lo que tuvo que poner un piso de goma para que no la escucharan los vecinos. Luis Felipe Noé pintó toda su escalera de entrada, porque sus alumnos la ensuciaban con los dedos. "Luis Benedit suele colgar alguna obra suya que "está mirando", ya sea por las ganas de reverla o porque de ella pueda surgir otra cosa, y usa su atril de perchero. Jorge Demirjian compró hace treinta años un mueble de iglesia que servía para guardar los mantos y las casullas de los curas, donde hoy guarda dibujos y apoya su colección de jazz y boleros que escucha mientras pinta. En las paredes de su taller, el combativo León Ferrari tiene fotos de seres queridos mezcladas con dibujos de sus nietas. Carlos Gorriarena adora las sillas de paja que él mismo pinta con acrílicos de colores. Mientras Leopoldo Presas pega en un placard las fotos de sus seres queridos muertos para recordarlos", relata Longo. Y así podría continuar inintterrumpidamente dándonos el privilegio de colarnos en sus vidas.

* *El libro de Alejandra Longo esté en venta en las librerías más importantes del país o se puede solicitar a kumquat@kumquat.com.ar.*











a de artistas

Creativos en lo visual, generan espacios especiales y únicos, marcados por su obra y estilo. Una oportunidad de espiar el estilo de los artistas plásticos argentinos.

puertas del mundo privado de veintinueve artistas argentinos. Gracias a la maestría del fotógrafo Pepe Cáceres y a sus reportajes, desde la primera página uno se zambulle en la esencia y personalidad de cada uno. "Cruzar el umbral de toda casa es emprender un viaje", dice Antonio Dal Masetto desde el prólogo del libro. Aquí sólo un par de paradas para ir por más.

El hábitat

"La esencia de un artista se ve reflejada en su obra pero también en su taller. El ambiente donde trabaja, desafía su soledad y crea. Así, definitivamente cada casa-taller tiene que ver con la obra. Aunque en esto no hay clichés. Los hay más ordenados o desprolijos, más decorados o despojados. Y aunque todos son distintos entre sí, sorprende descubrir como todos tienes sus horarios, sistemas y rutinas."

El libro de Longo descubre una vieja panadería de San Telmo que Luis Benedit transformó en casa-taller, de espacios amplios y abiertos que trocan funciones de acuerdo a sus necesidades. El taller metalúrgico naval que Pablo Larreta remodeló especialmente para vivir en la Boca, su barrio preferido. La casa en Congreso de Miguel D'Arienzo, en la que el artista tiró abajo paredes para armar un taller que luce inmaculado cuando va a empezar una obra, pero que después se descontrola y plaga de colores y citas que él mismo pega en las paredes y le sirven para componer.

También están las paredes totalmente blancas de la casa que Ana Eckell tiene en Palermo Viejo, indispensables para ella, para pintar una obra plagada de figuras. La prolijidad y orden de maestra de escuela que se trasluce en el lugar de trabajo de la contestataria Rosana Fuentes. Orden que se repite en el edificio de Constitución de Adolfo Nigro. La casa chorizo en el Pasaje Bollini que el también arquitecto Nicolás García Uriburu recicló para componer su obra comprometida con la causa ecológica.

Y la también casa chorizo que Mónica Girón, con el apoyo de su mecenas suizo Thomas Bally, trocó en un espacio de inequívoca línea funcional y racionalista. Sin escatimar esfuerzos, Longo corrió hasta el loft de Liliana Porter en Nueva York, donde atesora todo tipo de muñecos que son o fueron parte de su obra, y a la casa perteneciente a François Raspail, químico y político francés, fundador del diario *Le Républicain*, que hoy habita Antonio Seguí en París.

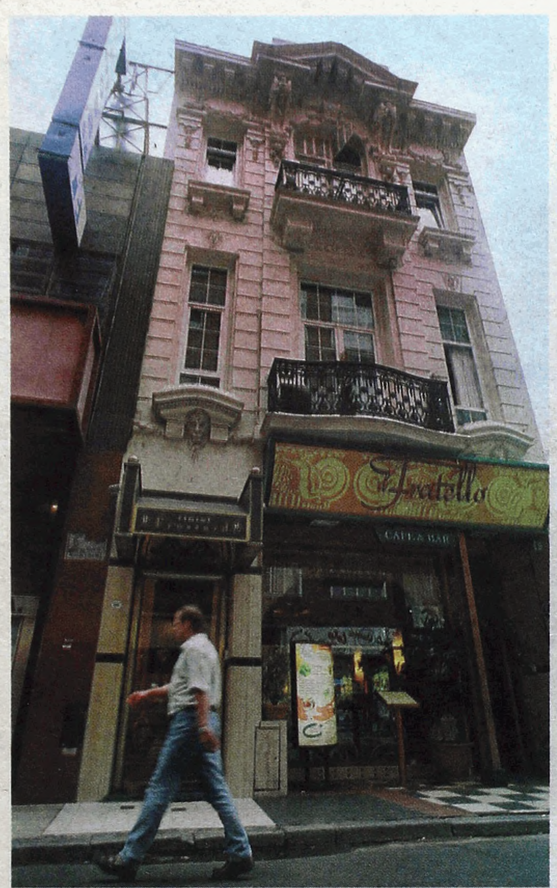
Señas particulares

Más allá de las características de la decoración y el espacio, Longo rescató otras curiosidades. A los 89 años, Raúl Lozza, creador del perceptismo, atesora en su casa de la Paternal su propia obra como en un museo, dentro de una atmósfera más tradicional creada tal vez por su esposa. Josefina Robirosa mira televisión mientras pinta y baila, por lo que tuvo que poner un piso de goma para que no la escucharan los vecinos. Luis Felipe Noé pintó toda su escalera de entrada, porque sus alumnos la ensuciaban con los dedos. "Luis Benedit suele colgar alguna obra suya que "está mirando", ya sea por las ganas de reverla o porque de ella pueda surgir otra cosa, y usa su atril de perchero. Jorge Demirjian compró hace treinta años un mueble de iglesia que servía para guardar los mantos y las casullas de los curas, donde hoy guarda dibujos y apoya su colección de jazz y boleros que escucha mientras pinta. En las paredes de su taller, el combativo León Ferrari tiene fotos de seres queridos mezcladas con dibujos de sus nietas. Carlos Gorriarena adora las sillas de paja que él mismo pinta con acrílicos de colores. Mientras Leopoldo Presas pega en un placard las fotos de sus seres queridos muertos para recordarlos", relata Longo. Y así podría continuar ininterrumpidamente dándonos el privilegio de colarnos en sus vidas.

* *El libro de Alejandra Longo está en venta en las librerías más importantes del país o se puede solicitar a kumquat@kumquat.com.ar.*







LA ELEGANTE FACHADA DEL FROSSARD, EN LA CALLE TUCUMÁN.



LA FACHADA DEL HOTEL MAIPÚ, ANTIGUA RESIDENCIA DE UNA DE LAS TANTAS RAMAS DE LOS ANCHORENA.


LA CHIMENEA DE MÁRMOL BLANCO DEL MAIPÚ, EN SU LUGAR DESDE LOS TIEMPOS DE LOS ANCHORENA.

FOTOS: DANIEL JAYO

Sobrevivientes

Son viejos, están en pleno centro y es inexplicable cómo se las arreglaron para sobrevivir por décadas. Tres casos entre muchos de edificios que mantuvieron su función original y cambiaron poco y nada en una zona de la ciudad vertiginosa.

POR SERGIO KIERNAN

Allá por los principios del siglo XX, el Frossard era un elegante hotel pequeño en una ciudad donde los grandes hoteles se contaban con los dedos de las manos y donde era negocio atender pasajeros en pequeña escala. Lo que hoy es casi sinónimo de ínfimas estrellas –el "hotel familiar"– en esos tiempos idos era una opción por el trato cercano y la paciencia a las manías propias. Por décadas, el hotel fue cayendo en la escala y su gloria pasada se adivinaba sólo con buen ojo en sus baños decadentes pero inmensos y envueltos en fina mayólica belga, en sus pasillos cargados de marquetería, en su ascensor ya reumático de jaula en roble, hierro y bronces, en sus pisos de nobles enroñados. La fachada, con almacén en la planta baja, escondía bajo el smog un hermoso remate en pedimento de base quebrada, con ménsulas importantes, medallones, una cornisa saliente, máscaras y herrerías recargadas. Hace pocos años, el hotel revivió: pintura, cableados e instalaciones nuevas, reformas que mal que mal mantuvieron sus plantas –excepto el baño ovalado del primer piso, tan grande que hoy es una habitación–, lustres y arreglos para el ascensor. Encajonado en la calle Tucumán a metros de Maipú, el Frossard no sólo zafó de la piqueta constructora de departamentos sino que sigue siendo un hotel.

A pocos metros, sobre Maipú, se alza ennegrecida por una vida de smog una casa de la amplia familia Anchorena, transformada en 1954 en inquilinato y en 1970 en hotel. El Maipú tiene su fachada entera –incluida la puerta original, frívolamente reemplazada en el Frossard por el inevitable Blindex– con sus persianas de madera y sus balcones bombé. Adentro, las 26 habitaciones son el resultado de la multitud de cuartos originales de una residencia paqueta de antes de la Primera Guerra Mundial, y de la división de salones. Lo que se conserva intacto es el gran hall de recepción al que se accede por la escalera de entrada, quebrada por un descanso: es un mar de barandas de mármol blanco en un vago estilo bizantino, con foco en un glorioso hogar en el mismo estilo y material, con una gran claraboya en el cielo raso y un piso en perfecto estado de hidráulicos coloridos. Explorando el edificio, ahora un favorito de mochileros de todo el mundo que viajan *budget*, hasta aparece en alguna puerta un picaporte original, en haya y bronce torneado, y algún paño de vidrios frissé estampado en relieve con motivos florales.

Siguiendo por Maipú, pasando Paraguay, se llega al Bar Tarzán, un sobreviviente de los años cuarenta que todavía explica desde un cartel que se hacen Comidas para Llevar, demostrando que el delivery es más que viejo. El bar es "americano" y se conserva intacto gracias a la tozudez de los Reboredo, sus dueños desde hace 42 años. El Tarzán nació en tiempos de Perón y se nota: revestimientos pre-plástico, lámparas, espejos y barra del bar con claros aires déco influenciados por la moda "aerodinámica", taburetes rojos y cromados estilo maltería tejana. Después de la llegada de Orense, después de una larga lista de trabajos en bares ya desaparecidos, los Reboredo juntaron fondos y amigos y compraron el entonces flamante bar. "Muchas veces lo quisieron comprar", explicá José, hoy de turno. "Hoy mismo, que ustedes llegan, vino de mañana una persona a hacer una oferta. Pero el Tarzán no se vende. Así como la ve, esta casa mantuvo a diez familias con su casa y con su coche." El Tarzán tampoco se remodela: en medio siglo, el único cambio significativo fue que se retiraron los boxes que tenía cerca de la pared, para despejar un poco el lugar.



EL TARZÁN, INTACTO DESDE HACE MÁS DE MEDIO SIGLO: EL ÚLTIMO AMERICAN BAR DEL CENTRO.